

LA VOZ DE LA CARIDAD

NUM. 44.—1.º de Enero de 1872.



*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES QUE TIENEN FRIO, A.....

Doña V. P. de M. Gran prueba es de bondad, acordarse en el dolor de los afligidos. Se han recibido los 200 rs., y que reciba V. el equivalente en consuelos; el mejor modo de honrar la memoria de los muertos, es hacer bien á los vivos que padecen.

Doña L. B. de R. Los 60 rs. se convirtieron inmediatamente en dos mantas, que hacian suma falta. Con las bendiciones de la pobre familia que bajo ellas se cobija, reciba V. las nuestras.

D. J. T. Distribuidos los 40 rs. con la piadosa condicion que V. impone, y que habrán llenado fielmente los favorecidos: unimos al suyo nuestro ruego.

Doña P. Z. Entregados los 20 rs., á dos personas que cumplirán la voluntad de la bienhechora; no olvidará Dios á la que se olvida de sí.

D. P. C. Gracias muy de corazon por quererse asociar á nuestra obra. Los 40 rs. se han trasformado en abrigo; que el recuerdo de su buena accion le acompañe á V. en su soledad.

Sr. M. de H. Vinieron los 200 rs., y por tan buenas manos que aumentaron su valor. Con esto, y la ropa y calzado, se hace una buena limosna á los pobres; además de su bien hace V. otro, proporcionándonos el espectáculo hermoso y consolador de la inocencia amparando la desgracia. Estos tiernos corazones han respondido á la voz del de V. como podia desear, por mucho que deseara. La buena semilla ha caido en buen terreno. V. recogerá fruto de satisfacciones y consuelos. Que M. N. J. y J. hallen el peso de la vida tan ligero, como se lo parece el del saco que con afanosa y caritativa codicia llenan para los pobres.

Doña C. S. de A. Llegaron los 40 rs., que nos trajeron, con el

socorro de los pobres, la satisfaccion de ver que se asocia V. á nuestra obra, doble beneficio por el que damos á V. dos veces las gracias.

Doña Y. R. Recibida la nueva remesa de botas, gaban, pantalon, enaguas y dos camisas. No olvida V. el ropero de los pobres, donde se la recuerda con mucha gratitud.

D. J. F. y Sra. de F. El aginaldo de nuestros pobres habia dejado sus fondos en bastante mal estado, cuando vinieron los 500 reales como llovidos del cielo, donde serán premiados los que consuelan á los afligidos de la tierra. Grande contentamiento llevó el donativo á los que estaban ocupados en pesar y medir las raciones de la colacion, y no es el primero que VV. les proporcionan. Buen aginaldo, 25 duros que dar y dos nombres mas que bendecir.

A NUESTROS AMIGOS DESCONOCIDOS.

Una persona vivia hace ya muchos años en una pequeña aldea, apartada del mundo por altas montañas, y por un aislamiento absoluto, conversando nada mas que con algunos libros, y en la mayor soledad, su inteligencia y sus sentimientos. La incomunicacion era completa; la vida, triste; el vacío, grande; la fuerza que se necesitaba, mucha; las ocasiones en que faltaba, frecuentes. Un día, levantándose enérgicamente despues de una caída, puso su espíritu en comunicacion con otros espíritus; vió y afirmó que en alguna parte, no sabia dónde, pero que en alguna parte, habia criaturas que como ella pensaban y sentian, hermanos de inteligencia y de corazon á quienes amaría, y de los que sería amada si llegaban á conocerse; y por su parte, empezó á amar á aquellos seres de cuya realidad no dudaba ya. ¿Los veria alguna vez? Lo ignoraba, y con su fe, su duda y su esperanza, hizo una composicion poética que tenia el mismo título que este artículo, y que concluia así:

Si Dios, el dulce consuelo
Niega á mi dolor profundo
De veros aquí en el mundo,
¡Mis amigos! ¡Hasta el cielo!

Dios no le ha negado este consuelo. En el mundo ha ido hallando aquellas almas semejantes á la suya que habia visto en la soledad, y aquellas manos piadosas que llamaba en su auxilio, y que hoy la sostienen en su penosa marcha.

A los Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD les sucede algo parecido á lo que le acontecia á aquella persona solitaria. Se sienten solos, porque no saben dónde están *sus amigos desconocidos*, pero no dudan que los tienen. ¿Cómo han de suponer que haya poblaciones importantes y aun capitales de provincia, donde LA VOZ DE LA CARIDAD no halle eco? ¿Cómo han de creer que en cualquiera agrupacion numerosa les ha de faltar un amigo que puede probar que lo es á muy poca costa? Se trata nada mas que de encargarse de la recaudacion de las suscripciones de provincias, que se hace con dificultad, pagando el tanto por ciento, ó que no se hace. Si mandáramos los recibos al corresponsal benéfico, este, con muy poco trabajo, realizaria una gran ganancia para los pobres. Se trata nada mas que de hacer la propaganda de los buenos sentimientos, y de dar noticias de los dolores. De estos corresponsales tenemos ya en

Hellin.

Málaga.

Jerez de la Frontera.

Sevilla.

Valladolid.

La Vega de Rivadeo.

La Coruña.

Gerona.

Granada.

Oviedo.

Albacete.

Pero nos faltan en la mayor parte de las poblaciones donde tenemos suscritores. Algunos han venido diciéndonos palabras de simpatía para los desdichados y de consuelo para nosotros, como las siguientes.

«Yo me ofrezco con mucho gusto á ser el *corresponsal* de LA VOZ DE LA CARIDAD de esta capital, no solo para el cobro de suscripciones, sino tambien para todo cuanto pudiera convenirles relativo á esa publicacion.

»Pobre operario, llevaré este grano de arena al edificio de la caridad, y emplearé hoy una actividad mayor, si cabe, que la empleada hasta aquí, para procurar el incremento de esta Revista, que tal vez está llamada á producir un gran interés social.»

¡Oh! Vosotros los que pensais y sentís como pensamos y sentimos; los que teneis lástima del aflijido y deseais favorecerle; los que hallais en vuestro corazon ecos prolongados para las voces dolientes, venid; sabemos vuestra existencia, pero ignoramos vuestro retiro; apresuraos á revelarnos el lugar en que morais, para que nuestros

ojos puedan volverse dulcemente hácia allí; decidnos vuestro nombre, para que nuestros lábios le pronuncien con amorosa gratitud; no tardeis, porque los desventurados tienen mucha necesidad de que se den á conocer *nuestros amigos desconocidos*.

La Redaccion.

LAS DECENAS.

El Patronato de los Diez.

Algunos suscritores, y aun personas que no lo son, nos preguntan sobre lo que son las *decenas*, y lo que representa el *Patronato de los Diez*, con el deseo de formar parte de esta Asociacion en Madrid, ó de establecerla en otros puntos. A algunos les hemos remitido los números 6 y 10 de esta Revista, en que se insertaron esos detalles; pero tenemos la desgracia de que dichos números y algunos otros están agotados. Hacer una nueva edicion es costoso; copiar los artículos es imposible ó enojoso; y sin embargo, no ha faltado un suscriptor de Motril, á quien solo conocemos por las muestras que nos dá de tener excelente corazon, el cual se ha tomado la tarea de hacer seis copias del artículo inserto en el núm. 6 para difundirlo entre sus amigos, lo cual excita toda nuestra gratitud.

Vamos pues á reasumir en breves palabras lo que es el Patronato, para conocimiento de las personas que desean saberlo, y tambien para fijar bien la índole y el carácter de esta asociacion, sobre la cual pueden haberse formado quizás ideas equivocadas.

El *Patronato de los Diez* es la misma institucion que bajo el nombre de *Obra de las familias* se fundó en París por el dignísimo Arzobispo Monseñor Sibour, á quien una mano criminal arrebató á las fervorosas tareas de la caridad cristiana.

No cabe institucion mas sencilla. No es una sociedad organizada, cual lo están las demás que trabajan en el mundo para diversos objetos; ni una congregacion con estatutos formales, y obligaciones de imprescindible cumplimiento. Es simplemente el acto de reunirse diez personas de buena voluntad, para la obra caritativa de cuidar y socorrer á una familia desvalida. Son diez; hacen las veces de padre ó patrono, y de aquí el nombre que le dimos de *Patronato de los Diez*.

Luego que se completa ese número de personas, celebran una reunion, en la cual se elige una familia pobre, pero muy pobre, de esas que ofrecen cuadro de miseria desgarradora; se hace colecta

secreta, pasando una bolsa, en la que cada uno pone la cantidad que quiere para los gastos del mes, y se nombra un visitador ó visitadora, que viene á ser la parte activa y laboriosa de la decena, y que se encanta del dinero que ha producido la cuestacion.

Con este fondo empieza la accion material del Patronato. Los límites de este no estan ni pueden estar definidos préviamente: los marcan las necesidades de la familia pobre y los recursos de la decena. Versa principalmente sobre el alquiler de la casa, ropas, dinero para comida, en metálico ó en bonos de víveres contratados en una tienda de comestibles, y todo lo demás que se necesita. Si en la familia hay enfermos, se buscan médico y botica gratuitos, lo cual, dicho sea en honra de estas clases, no es difícil (*); si hay niños, se les facilita admision en la escuela; si son personas que pueden trabajar, se las busca objeto en que hacerlo y ganar jornal; y si ha entrado en la familia esa gran calamidad que se representa por papeletas de empeño en casas de préstamo, se procura rescatarlas. Finalmente, si la desgracia ha abatido ó agriado á los que sufren, se les procuran consuelos de palabra, demostraciones de simpatía, y esfuerzos para inspirarles confianza en Dios, y resignacion para soportar las penalidades que no pueden remediarse. Es en fin la accion ámplia, espontánea y generosa de un amigo que visita á otro desgraciado, y que tiene voluntad y medios de socorrerle y consolarle.

Una vez al mes vuelve á reunirse la decena; el visitador da cuenta de lo que ha hecho, y presenta una simple nota de lo gastado: es el único papel que se escribe en esta Sociedad, que no tiene estatutos, ni Presidente, ni Secretario, ni libro de actas. Todo lo suple la caridad.

Aunque el visitador es el que está mas directamente al cuidado de la familia protegida, no hay inconveniente, y si ventaja, en que la visiten los demás individuos de la decena, porque viendo el buen resultado de su caridad, se apasionan mas al puro placer de ejercerla.

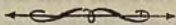
Diez personas para una sola familia no es una carga pesada, mucho mas si las que pueden, además de la cuota en metálico, dan el desecho de ropa, el sobrante de la comida, la recomendacion para trabajo, y los mil recursos que hay para hacer bien. Y cuando todo esto no baste, si alguna vez hay déficit en el modesto fondo de la decena, nuestra Revista, que es la fundadora aquí de ese patronato, acude con sus fondos adonde no alcancen los de los socios, si bien

(*) Para todas las decenas establecidas hasta ahora se han encontrado médicos y farmacéuticos que han ofrecido sus servicios gratuitamente.

esto es solo para casos extraordinarios, porque el producto del periódico está afecto al socorro de otras familias pobres que no están socorridas por las decenas.

Hoy tenemos en Madrid 18 decenas (*), y algunas en cuadro, que solo esperan completar el número para funcionar, á cuyo fin nuestra Redaccion, como centro organizador, recibe y da con gusto cuantas indicaciones se deseen. Son pues 18 familias socorridas, y 180 personas ocupadas en ejercer la caridad. ¡Que Dios proteja á unas y á otras y aumente su número!

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta quince.

Apreciable Juan: Vamos á tratar hoy de la *asociacion*, es decir, de la cosa mas importante de cuantas podemos analizar y discutir, al procurar que el hombre dé á sus esfuerzos la forma mas conveniente para utilizarlos mejor. Cuando digo *esfuerzos*, cuenta con que no hablo de los fisicos solamente.

El hombre puede asociarse, y se asocia, para triunfar de una resistencia material, y para hacer triunfar una idea; para despachar mejor sus productos, ó para adquirir con mas ventaja los que necesita; para vencer un obstáculo, y para resistir un impulso; para fortalecer su abnegacion, ó para reforzar su egoismo; y en fin, para el bien ó para el mal.

Ante todo, es preciso que te formes una idea clara, que probablemente no tendrás, de lo que es *asociacion*: la confusion en esta materia, trae consecuencias mas fatales de lo que imaginas.

Habrás oido decir y repetir, que la sociedad es una gran asociacion de seguros mútuos, lo cual es un error que conviene mucho desvanecer.

La asociacion verdadera, fecunda, la que puede utilizar mejor los

(*) Habian llegado á ser 20 las decenas, pero por vicisitudes humanas y de los tiempos, y con la dispersion del verano cuando aún no estaban consolidadas, se disolvieron 4. Dos se han vuelto á formar, y esperamos que no sean las últimas, y que lleguen de nuevo al núm. 20 y escedan pronto de él.

esfuerzos del hombre, á la que se le piden y de la que se esperan grandes resultados, necesita estas cuatro condiciones.

Libertad.

Facultad de admitir ó rechazar asociados.

Organizacion.

Unidad de objeto.

Sirvámonos de un ejemplo.

Primero. Eres oficial de carpintero, crees que el maestro te explota, y determinas asociarte con otros para poner un taller por vuestra cuenta, y repartiros las ganancias íntegras. Ya comprendes que lo primero que necesitas es *libertad*, porque si tus compañeros te cogen por fuerza, y por fuerza te hacen trabajar, y por fuerza te obligan á tomar un salario, ó te privan de él, ó tú haces lo mismo con ellos por medios violentos, en vez de *asociacion* hay *esclavitud*; el esclavo, en efecto, trabaja por fuerza, y por fuerza acepta las condiciones que le imponen: la primera de toda asociacion, es la *libertad*; esto, Juan, me parece evidente: te asocias porque crees que te conviene; tu determinacion es libre: si no lo fuere, te lo repito, de *asociado* te convertirias en *esclavo*.

Segundo. Una vez asociado libremente con tus compañeros para trabajar del modo que sea mas ventajoso, fijais las condiciones que han de tener los que han de formar parte de vuestra asociacion, porque tratando de hacer mesas, puertas ó armarios, no podeis admitir á los curtidores ó picapedreros; tienen que *saber* vuestro oficio, y además tienen que *querer* trabajar en él segun lo determineis, porque si unos asociados se van á paseo ó á la taberna, á las horas en que los otros trabajan, la holgazanería explotará la laboriosidad, y el objeto de la asociacion será imposible. La segunda condicion es tan indispensable como la primera: es necesaria la facultad de cerrar las puertas del taller á los que no saben ó no quieren trabajar.

Tercero. Para declarar los que son ó no aptos, los que son ó no holgazanes; para retribuir á cada uno segun la calidad y cantidad de su obra; para comprar las primeras materias, procurar y realizar las ventas, dirigir la fabricacion, llevar las cuentas, etc., etc., preciso es que se establezcan reglas; que se nombren las personas que han de encargarse de las diversas ocupaciones; que ordenadamente se desempeñen los diferentes trabajos; en fin, que haya *organizacion*. Si nadie quiere encargarse de las cuentas, ó si quieren echarlas todos; si nadie quiere hacer las compras, ó si todos quieren comprar; si alternan en fin caprichosamente, de modo que ninguno sea inteligente en nada ni responsable de cosa alguna, el taller, imágen del caos, no podrá prosperar, ni instalarse siquiera.

Cuarto. Los asociados se han de proponer el mismo objeto; porque si unos quieren hacer obras de carpintería, otros efectos militares; estos forman una cofradía para celebrar con pompa una función religiosa, aquellos arman un motin para intimidar á los capitalistas, no habrá acuerdo, ni armonía; cada uno querrá arrastrar á los otros en la direccion que lleva; hallará, en vez de auxiliares, resistencias; y las fuerzas, en vez de multiplicarse se restarán, si acaso no se destruyen del todo.

Siendo pues las cuatro circunstancias dichas, indispensables para toda asociacion que merezca este nombre, podremos definirla de este modo:

ASOCIACION: *Reunion libre de esfuerzos ordenados, entre personas que mutuamente se aceptan, y se proponen el mismo objeto.*

Si esta definicion es cierta, la sociedad está muy lejos de ser una asociacion como te han dicho.

La reunion no es libre; ni tú, ni yo, ni ningun español, hemos tenido libertad para no nacer en España. Nos encontramos, pues, *forzosamente* asociados con muchos millones de personas que no piensan, ni sienten, ni obran como nosotros, y tenemos que sufrir las consecuencias de ideas y acciones que no son las nuestras. El hombre laborioso y probo, que nace en un país en que estas virtudes son raras, padece por el resultado de los vicios opuestos. Se dirá que puede emigrar; pero esta posibilidad, que para un individuo será tal vez cierta, para la masa total es ilusoria, y aunque no lo fuera, á la nueva patria que eligiese llevaria, de aquella en que ha nacido, hábitos, ideas, disposiciones, tal vez organizacion de que no se puede disponer, y que influye poderosamente en toda la vida. En la sociedad. pues, la asociacion no es libre.

Tampoco se establece entre personas *que se aceptan mutuamente*. El holgazan, el vicioso, el criminal, la prostituta, forman parte de la sociedad, influyen en ella, la extravian, la envenenan, la ensangrientan; no hay medio de eliminarlos, y aun cuando su compañía no se acepte, su influencia se sufre.

El objeto de los que viven en sociedad no es el mismo. Uno se propone hacer puertas para dar seguridad, otro buscar medios de abrirlas para que nadie esté seguro. Uno estudia para neutralizar los efectos del veneno, otro para envenenar. Uno trata de dar garantías para que la moneda sea de buena ley, otro fabrica moneda falsa. Uno escribe un libro para elevar el espíritu, otro publica una obra que le degrada. Uno medita leyes sabias, otro calcula cómo las infringirá impunemente. Uno se esfuerza en despertar los nobles sentimientos, otro se ingénia para explotar los malos. Uno arriesga la

vida por salvar al que está en peligro, otro mata por robar. Uno muere en el altar del sacrificio, otro de las consecuencias de la orgía. Uno lo refiere todo á sí mismo, otro no vive sino en los demás y para los demás. La circunstancia indispensable de proponerse el mismo objeto, está pues muy lejos de llenarse por los individuos que componen la sociedad, como sería necesario para que esta fuera una asociación.

Hay más. Aun los que se proponen el mismo objeto, varían tanto en los medios de realizarle, que á veces se hacen guerra, y encarnizada, sobre cuáles deben adoptarse ó escluirse.

No es esto decir que todo en la sociedad sea hostilidad y antagonismo, y que nadie se proponga igual fin y por idénticos medios; no. Si tal sucediese, la sociedad sería imposible; su existencia depende de sus elementos armónicos, de sus movimientos encaminados al mismo objeto; sus males resultan del desacuerdo y la falta de armonía, que produce la perturbación en la region de las ideas y la pérdida de fuerza en el orden material. Nos serviremos de un ejemplo para comprenderlo mejor.

Hay un criminal, un ladrón. Da mal ejemplo á todos los que conocen su perversidad; aflije á todos sus parientes que no participan de ella; arrastra por su mal camino á sus cómplices; hace vacilar y perturba las conciencias poco firmes; agita los ánimos por el terror que inspira. Esto en el orden moral. En el material: aumento de gastos para dar seguridad á las viviendas; para sostener cárceles, presidios, tribunales y guardia civil. De manera que el hombre que se propone un fin culpable, anti-social, no solo no contribuye con su trabajo al trabajo comun, sino que obliga á distraer una parte de la fuerza social para contenerle. El ladrón, y el guardia civil que le persigue, en vez de ser cuatro brazos que trabajan para el fondo comun, se emplean en combatirse; y á todo lo que se aspira, y que se consigue rara vez, es á que sus fuerzas se neutralicen, á que el uno contenga al otro de modo que no haga daño.

Supon que hay en la obra social cien operarios; cinco se separan de ella para robar, hay que separar á otros cinco que contengan á los ladrones; total, diez hombres ménos que trabajen, y un décimo de disminucion en el producto, con un aumento en el gasto, porque el hombre de combate, cuesta mas que el hombre de trabajo.

En los que se separan de los fines sociales por otros caminos, el daño podrá ser menos palpable que el causado por el ladrón, pero no menos cierto, y es mucho mas general. Toda mala accion necesita una cantidad de fuerza para combatirla, ó si se la deja sin correctivo, produce un estrago proporcionado á su malicia. La socie-

dad está llena de engañadores de todas clases y categorías, desde el orador que te miente para conquistar poder ó popularidad, hasta la mujer que te engaña vendiendo piñones ó naranjas por sacar dos cuartos mas. En todas las profesiones y en todos los oficios, hay hombres dispuestos á no reparar en medios para conseguir su fin, que es medrar, y para que no te engañen, tienes que emplear cierta cantidad de fuerza, y si te han engañado, has perdido cierta cantidad de trabajo. Aun en las acciones no castigadas por la ley ni tenidas por la mayor parte de las gentes por moralmente malas, la falta de buena fe, y por consiguiente de armonía, da por resultado la destruccion de fuerzas que debian ir íntegras al fondo comun. Vas á comprar un objeto cualquiera, y para que no te engañen tienes que andar muchas tiendas, á fin de ponerte al corriente de los precios, y regatear, y marcharte, y volver. Tú pierdes trabajo al comprar, y el que vende al vender, porque los muchos que entran y salen sin llevar nada y se detienen regateando, hacen necesario mayor número de dependientes.

Verás pues, á poco que observes, que la sociedad se compone de armonías y desacuerdos; que tiene dos corrientes, una que va en el mismo sentido, y otra que se le opone y retarda, y á veces trastorna su marcha. En ti mismo puedes observar que en tus negocios, en tu trabajo, en tus gozes, en tus desgracias, en tu vida, en fin, hallas auxilios y obstáculos, que no vienen de las cosas sino de los hombres; te ves favorecido en tus movimientos, ó contrariado en ellos; hallas compañeros para tu camino, ó gente que te sale al paso y le dificulta. Repito que la suma de los que favorecen tus movimientos es mayor que la de los que á ellos se oponen; de otro modo no podrías marchar, ni la sociedad, que se compone de individualidades como tú, tampoco; pero puesto que no todos reúnen voluntariamente sus esfuerzos y los emplean ordenadamente para conseguir el mismo fin, ni pueden escluir á los que no convengan, la sociedad no es una asociacion, ni los conciudadanos son consócios.

El ideal de la sociedad sería que fuese asociacion; y ya que llegar á él no sea dado, debemos trabajar para aproximarnos cuanto sea dado, multiplicando las asociaciones, de modo que queden fuera de ellas el menor número de ciudadanos posible. La sociedad mas perfecta es aquella en que mas hombres libremente se armonizan y armónicamente marchan; la sociedad mas defectuosa es aquella en que mas hombres marchan en diferente sentido, haciendo prevalecer su individualidad egoista é ininteligente, poniéndose en desacuerdo con los demás, sirviendo de obstáculo donde quiera, y hallándolos en todas partes.

Los resultados de la asociacion no son únicamente económicos, materiales, como has creído; sus principales ventajas son morales, y dan armonías del espíritu, las que parecian nada mas que combinaciones del interés.

Eres propietario de una casa; no hay seguros contra incendios; tu interés está en que se quemen muchas casas, porque escaseando las habitaciones valdrá mas la tuya: y como en la mayoría de los hombres, la corriente del interés es la mas fuerte, si no eres bastante malo para pegar fuego á los edificios que te hacen competencia, no serás tampoco bastante bueno para sentir que ardan cuando en ello está tu provecho; y he aquí tu moralidad constantemente socavada por tu interés, y tú en hostilidad con todos los propietarios, y deseando su mal, que es tu bien.

Pero viene la asociacion; formais una compañía de seguros mútuos; si arde tu casa; todos contribuyen á reedificarla; si se quema la del vecino, das tu parte para que se levante: todos estais interesados en el bien de todos, nadie hay que no sufra del daño de cada uno, y por consiguiente, sin heroicidad, sin esfuerzo, por el propio interés, nadie desea ni se alegra del mal de otro.

Eres armador, tienes un buque, y le destinás á traer canela de Ceilan. Estás interesado en que naufraguen todos los que hacen igual comercio, para vender tu mercancía á subidísimo precio. Es horroroso, pero es posible que te alegres de las catástrofes que, dejando á muchas madres sin hijos y á muchos hijos sin padre, aumentan tu peculio.

Llega la asociacion de seguros marítimos; tienes que contribuir á indemnizar el valor de cada buque que se pierde; estás interesado en que todos lleguen á puerto seguro, y cuando alguno perece, acompañas sinceramente en su dolor á las familias de los que han perecido.

Eres oficial de carpintero, estás interesado en que enfermen los de tu mismo oficio; cuantos menos seais, os pagarán mejor, si sois muy pocos, dareis la ley.

Se organiza una asociacion para auxiliarnos mútuamente en caso de enfermedad; todos ganais en la salud de todos; sientes el mal de tus compañeros cuando están enfermos, y te alegras cuando se restablecen, como si fueras su pariente y allegado.

Ya ves que de la organizacion de las cosas materiales ha resultado una transformacion del egoismo; que la asociacion de los capitales y de los esfuerzos, ha traído la de los sentimientos; que las armonías económicas son armonías del alma; y que el *interés bien entendido* se convierte en *fraternidad*.

Esto no son aspiraciones vagas, esperanzas ilusorias, sueños de la imaginacion ó del buen deseo: esto son realidades evidentes, consecuencias indefectibles, conclusiones científicas y absolutamente exactas.

Cuando la gran mayoría de los hombres de todos los países se asocien para realizar los altos fines de la vida, lo mismo que para proveer á las necesidades materiales, la fraternidad será un hecho.

Las compañías de seguros serán universales; toda la tierra contribuirá á reparar la calamidad que aflige la comarca mas remota; los pueblos tendrán intereses *armónicos* y no *encontrados*; el mal hecho á los hombres de cualquiera region repercutirá en los antípodas; el arte de hacer bien á su país haciendo mal á los otros, será una abominacion impracticable; la guerra no será posible; y la palabra *extranjero*, que queria decir *enemigo* en el mundo que pasó, en las sociedades futuras significará *consocio*, *hermano*.

Este será el resultado de la asociacion; ella disminuirá cuanto sea posible el número de maldades, y por consiguiente de dolores; ella trasformará el globo que ha empezado á trasformar ya. Los capitales de todo el mundo han contribuido á perforar el Istmo de Suez; las manos de todas las naciones han auxiliado á los heridos de las últimas batallas; y llegará un día en que el dolor de un pueblo se llorará en toda la tierra. Tengamos, Juan, esta bendita y razonable esperanza; leguémosla á nuestros hijos como una divina herencia; no temamos que llamen sueño á nuestra conviccion, porque vendrá un día en que se realice, y un siglo que dirá: *Tenian razon aquellos perseverantes soñadores.*

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN ACCION.

En esta seccion de nuestro periódico publicaremos en adelante, siempre que tengamos espacio, acciones virtuosas, procurando, en cuanto de nosotros dependa, poner algun correctivo á la publicidad que se da á los vicios y á los crímenes.

La caridad en los mares.

Desde que el hombre, dominador de los elementos, se lanzó sobre las olas del piélago inmenso que cubre las tres cuartas partes del globo; desde que el comercio atrajo á la humanidad de con-

tinente á continente; desde que la brújula y el vapor desarrollaron la navegacion por las cinco partes del mundo, las terribles catástrofes que cada dia tienen lugar en las soledades inhospitalarias de los Océanos, forman unos tristes anales, nutridos de tremendos peligros é infortunios. Víctimas numerosas sucumben en sus atrevidas escursiones, y muchas tambien se salvan por la caridad y el humanitario socorro, que forman una especie de religion entre los marinos. ¡Qué sería de los navegantes, si el ángel de la *caridad* no desplegase tambien sus alas por los mares!

Un año hace, en octubre de 1870, perdióse en las costas de Siberia el buque ballenero *Japan*, salido de San Francisco de California. ¡Qué angustia sufrieron los desdichados tripulantes, al ver al mar tragarse, entre el rugir de la tormenta y el trágico fragor del naufragio, á ocho de sus míseros compañeros! El resto, lanzado á la costa, pasó el invierno con los esquimales, en forzoso y tristísimo hospedaje. Recojidos por el capitán del *Oriol* á impulsos de esa caridad de que antes hablábamos, de nuevo naufragaron en el estrecho de Bering. ¿Quién los salvará esta vez? Aparece la pequeña goleta *Baume*, que los llevó á Alaska. Allí, por inservible, tuvieron que abandonarla; y á duras penas, añadiendo trabajos á trabajos, combatidos por la furia implacable de los elementos, y socorridos por la compasion de los hombres, acaban de llegar, segun anuncia el cronista de Nueva-York de 15 de noviembre último, á su país, California, en donde ya todo el mundo los creía muertos.

Desde el 19 del pasado octubre fué combatido el bergantín *Jeffrey* por tan rudo temporal, que la tripulacion hubo de abandonarle el 3 de noviembre, quedando en medio de las aguas, sobre un casco vacilante, entregada á los multiplicados horrores de una muerte vista y prevista millares de veces por cada una de aquellas pupilas dilatadas por el espanto. En tan desesperada situacion descúbrese un punto lejano en el horizonte. Todos los ojos se fijan en él: se agranda, se acerca, izan con afan señales. ¡Era el socorro de la Providencia! Una nave. Sobre su cubierta otro grupo de hombres, fijan ávidamente sus miradas sobre el buque abandonado. El capitán grita al piloto:—Virad.—¿A dónde, capitán?—A los náufragos.—Y el *John Patten*, de Liverpool, tuvo la indecible dicha de llegar á tiempo de salvar á toda la tripulacion del *Jeffrey*, que acaba de dejar en Savannah, en estos últimos dias, segun avisan los periódicos americanos.

Carlos Maria Perier.

¡MORIR DE FRIO!

«*Madre, madre mía! me muero de frío.... estoy temblando.... apenas puedo hablar.... me falta el aliento. ¡Madre, dame un poco de calor!*»

Y la pobre madre despierta; se levanta de la miserable estera que le sirve de cama con su tierno niño; le encuentra medio helado; busca abrigo y no le halla. ¡Cómo le ha de hallar si todas las ropas están empeñadas en la casa de préstamos! Fuego no hay que esperarlo: no se ha encendido en todo el día, porque ni había carbon, ni comida que guisar.

En tal estado el cariño maternal le inspira una idea desesperada. «Tengamos calor esta noche, dice, aunque mañana no tengamos cama.»

Y enciende un fósforo, prende fuego á la estera que le servía de cama, y al calor de esta hoguera y cubriendo á su hijo con su aliento y con su seno, le reanima y le vivifica. Quizás así le salvó de morir de frío.»

Esto ha pasado recientemente en Madrid en una pobre casa del barrio de las Peñuelas, donde penetraba por todas partes el viento helado de una de las mas frías noches de diciembre. Escusado es decir que al día siguiente la caridad reemplazó con una buena cama aquella estera quemada, sintiendo las personas que esto hicieron no poder repetirlo con tantos otros lechos como hay que son tambien viejas estereras.

Por los mismos dias hemos leído en la *Correspondencia*, entre sueltos de política y noticias de modas, estas dos terribles líneas: «*Anteayer aparecieron en las calles de Zaragoza dos niños helados.*»

¡Morir de frío!... Palabras de sencilla y aterradora elocuencia.

Sabíamos que de frío mueren muchos de esos atrevidos exploradores de las regiones polares, que van en busca del famoso paso del Noroeste desde América á Asia, ó de ese deseado y quizás ilusorio mar libre, que esperan encontrar tras de las montañas de hielo, formando el eje Norte central del globo.

Sabemos que de frío murieron aquellos valerosos soldados de Pizarro, que acometieron desde el Perú la atrevida empresa de atravesar las entonces inesploradas cordilleras de los Andes, en busca de otras regiones: allí quedaron sus cadáveres envueltos en sudarios de nieve.

Nos cuentan que de frío perecen algunos de esos viajeros del *Mont-Blanc*, si se separan del guía y se ven arrastrados por una avalancha de hielo.

El frío fué el que formó en las llanuras de Rusia aquella inmensa hecatombe en que perecieron trescientos mil soldados, los mejores del mundo, guiados por el gran capitán del siglo XIX.

Pero todas estas víctimas, mártires del deber, de un entusiasmo científico ó de una manía aventurera y valerosa, se nos ofrecen siempre como sucesos extraordinarios, que pasan lejos, muy lejos de nosotros, y cuyo triste fin deja en el mundo cierta aureola de gloria.

Pero morir de frío aquí, ó en Zaragoza, ó en otra población semejante, donde hay millares de familias bien abrigadas; donde no se ven mas que defensas contra la inclemencia del invierno; donde cien mil chimeneas y fogones forman una especie de cráter inmenso de fuego repartido por el interior de todas las casas, lanzando al exterior torrentes de humo que ennegrecen la atmósfera; morir aquí de frío, es decir, de desamparo en medio de tantos recursos, de hielo en medio de tanto calor..... ¡oh! convengamos en que es una idea desgarradora, que por honra de la humanidad quisiéramos creer imposible.

La muerte siempre es imponente: el hombre hace cuanto puede para alejarla; y si sus esfuerzos son inútiles, porque la trae una desgracia imprevista ó una enfermedad incurable, parece que hay cierto consuelo, que se impregna de religiosa resignación, cuando nos humillamos ante Dios, y decimos: «Era inevitable; no tenía remedio humano.»

No se halla en este caso la muerte por el frío, pues es la más fácil de evitar. Se concibe en un desierto; se nos hace difícil de creer dentro de una población.

No se necesitan para combatirla prodigios de ciencia, ni asistencia esmerada y costosa: basta solo un poco de alimento para el estómago amortecido, un vestido cualquiera que cubra la desnudez, un tosco leño encendido que dé calor y eleve algo la temperatura en que se halla el paciente. A tan poca costa, con tan sencillos medios, se puede libertar á un pobre de las torturas de perecer por la acción del frío.

El invierno, para las gentes acomodadas, es la época de los goces de la familia y de los placeres de la sociedad; para el pobre es el tiempo de mayores penalidades y sufrimientos. Entre un gabinete cubierto de mullida alfombra, caldeado por el fuego de una alegre chimenea, y defendido del aire exterior con cristales en los balcones y cortinas en las puertas; entre esto y el desabrigo de una elevada boardilla..... ¡qué contraste!

Pero mayor le forman en el mundo moral, el frío del egoísmo y

el calor de la caridad. El egoismo ve impasible esa desigualdad de condiciones; la caridad la suaviza y atenúa, porque al gozar en el abrigo vivificador de un buen hogar, piensa en el que está siempre apagado.

Ejemplos elocuentes y consoladores estamos viendo de este interés por el frío de los pobres, en los donativos de mantas, de ropas y de dinero para este objeto que llegan á nuestra Redaccion, desde que anunciamos que se constituia su receptora y distribuidora de estos oportunos socorros. El ensayo va siendo fecundo, pero solo es ensayo; falta que se generalice mas: de las buenas almas depende; á ellas nos dirigimos.

Para salvar de la muerte á un reo condenado á ella, se levanta un inmenso y laudable clamoreo: al que liberta á otro de un peligro mortal, se le ensalza como héroe de valerosa abnegacion. ¡En tan alto precio se tiene, y con razon, la vida de uno de nuestros semejantes!

Pues bien, sin grandes esfuerzos, sin heroicidad alguna, con el modestísimo servicio de abrigar á un pobre, de reanimar su estómago abatido; con una manta, un pan, ó una taza de caldo dada oportunamente y en momentos supremos, se salva quizás la vida de una criatura humana. Con menos que esto, tal vez, vivirian aún esos pobres niños helados en las calles de Zaragoza.

¡Infelices! Quizás tendrían madre pobre; quizás saldrían á mendigar para ella; tal vez enferma y abatida esperarían de la cuestacion de sus niños el pan para aquel día, y en vez de recibirlo, alguno le diría: «No lo esperes: tus hijos han muerto de frío en la calle.»

¡Aterra esta idea! La presentamos en toda su horrible desnudez, ante la dureza de los corazones cerrados á todo sentimiento de ternura; ante la indiferencia de los aturdidos, que son crueles sin voluntad de serlo; y ante la caridad de las almas buenas, que saben sentir los padecimientos de sus hermanos. Esas almas podrán apreciar los dolores que causa el frío; y sabiendo el gran bien que hacen con medios tan modestos, hallarán en este mismo descubrimiento la mas dulce recompensa; porque en este mundo no hay otra mejor que el placer de hacer bien, y la aprobacion de la propia conciencia satisfecha.

Antonio Guerola.

ERRATAS.

En nuestro número anterior, página 292, línea 8, donde dice *serán*, debe decir *no serán*.

Y en la misma página, líneas 23 y 24, donde dice *indignas*, debe decir *dignas*.